



Dexter Gordon y Stan Getz —dos tenores gigantes— mano a mano en el club Montmartre de Copenhague, marzo 1978.

La ejemplar despedida de un gran tenor: Stan Getz

Texto: Ebbe Traber

Fotografía: Kirsten Malone

John Coltrane tenía tan sólo cuarenta años cuando un cáncer de hígado puso fin a su meteórica carrera. Stan Getz, que era entonces de la misma edad, recibió la noticia con un lacónico: "¿Por qué él y no yo?". Ya en 1967 sabía que padecía idéntica enfermedad, pero el destino, que a veces se muestra generoso, le dio a él 24 años más de vida, el tiempo suficiente para redondear y coronar una obra que forma un capítulo infinitamente más importante en la historia del jazz de lo que muchos quieren reconocer.

A no ser por su legendaria fuerza de voluntad, su ambición por llegar cada vez más lejos en la perfección, su afán de superarse siempre y su deseo de investigar en profundidad la infinidad de temas musicales que le fascinaron y llenaron, Getz se hubiera sin duda parado mucho antes. Consciente del mal que le amenazaba, luchó férreamente contra él hasta el punto de reaccionar con rabia y vehemencia cada vez que la prensa europea hablaba de una visita suya al viejo continente como si tal vez fuera la última. A este saxofonista a quien le llamaron entre otras cosas *The Man, The Sound, The Steamer*, se le ocurrió considerar la muerte como el lado irreal, y por lo tanto inexistente, de la vida. Cuando, por fin, le alcanzó el seis de junio último, había logrado decir mucho más que la inmensa mayoría de los músicos de su tiempo, dejándonos con un mensaje que le reserva para siempre un lugar privilegiado entre los grandes creadores.

Getz se despidió en la cumbre de su arte. Prueba de ello es la larga e impresionante serie de temas que grabó a dúo con su pianista preferido, Kenny Barron, a principios de marzo de este mismo año. En realidad, se trataba de un proyecto relativamente antiguo que empezó a tomar forma durante la grabación, hace cuatro años, de sus dos inmensos compactos, *Anniversary* y *Serenity*, con un cuarteto que también tenía a Barron al piano. Ambas sesiones se realizaron en directo en el Jazzhaus Montmartre de Copenhague, ciudad donde, según su propia confesión, había pasado los años más felices de su vida (1958-60), donde retomaba con cierta frecuencia ("como el delincuente que vuelve al lugar del crimen"), y donde había encontrado unos técnicos capaces de satisfacer plenamente sus exigencias que fueron siempre desmesuradas.

El público del Montmartre no olvidará fácilmente aquellas noches, del 3 al 6 de marzo. Todo el mundo era consciente de la gravedad de aquella insólita reunión, pero Getz, que hizo el viaje de California a Dinamarca acompañado por su enfermera, dedicando todo el tiempo fuera del escenario al descanso, supo con arte y profesionalidad quitar solemnidad al encuentro, huyendo de cualquier penoso patetismo. Sabiendo que se podría tratar de la penúltima llamada, había preparado minuciosamente esta maratónica sesión. El material que escogió era de una rara exquisitez incluyendo un gran número de temas hasta entonces ausentes de su repertorio, sin miras atrás y sin concesiones: en total dos docenas, en su mayoría poco conocidas y preciosas baladas. Tiempo hubo de repetir siete temas, mientras otros siete existen en tres versiones muy diferentes dentro de un altísimo nivel. Es decir, que hay música en abundancia, no sólo para el compacto que el productor francés tiene previsto lanzar en el otoño, sino para otros dos más sin que haya que temer la monotonía que lógicamente podría resultar del trabajo de sólo dos músicos, por muy grandes y geniales que sean.

Durante unos días de este verano he tenido la ocasión de escuchar atentamente esas casi siete horas con un dúo que difiere bastante del anterior disco que Getz grabó con esta misma fórmula, en compañía del llorado Albert Dailey (*Poetry*, de enero de 1983). Aquella obra era más del pianista que del propio saxofonista, mientras que en estas

A este saxofonista a quien le llamaron entre otras cosas *The Man, The Sound, The Steamer*, se le ocurrió considerar la muerte como el lado irreal, y por lo tanto inexistente, de la vida.

recientes grabaciones los dos protagonistas actúan en perfecta igualdad de condiciones, dialogando sin cesar, volando a gran altura y llegando continuamente a la más absoluta perfección, a una

armonía que no es frecuente entre dos solistas de tal calibre. Un numeroso público, disciplinado y entusiasta, sabe respaldar en todo momento a los dos músicos. Hay fases, muchas fases de una total compenetración, de una mutua comprensión dentro de un ambiente fraternal que no dejan de impresionar y de emocionar. Y es que el protagonismo pertenece exclusivamente a la música que deja a todos los afortunados presentes, saxofonista y pianista desde luego incluidos, en un común estado de gracia y de agradecimiento.

Ni siquiera surgieron problemas cuando un exhausto Getz tuvo que abreviar su actuación de la última noche ofreciendo solo un corto set. Milagrosamente su agotamiento físico y psíquico no se refleja en la música que, técnicamente impecable, es de una vitalidad casi paradójica, de un virtuosismo y de un vigor que no suelen impregnar los cantos del cisne. La lógica desesperación no se asoma nunca, al contrario se trata de un auténtico canto a la vida, de una declaración definitiva de amor a su arte de un apasionado estilista capaz de desafiar hasta su propio destino.

Me he fijado particularmente en las versiones que Getz y Barron ofrecen de temas poco conocidos como "First Song" (de Charlie Haden), "People Time", "I Wish You Love", "Soul Eyes", el tradicional "Hush-A-Bye", los tres clásicos de Benny Golson "Stablemates", "Whisper Not" y "I Remember Clifford" y estándares como "Like Someone In Love", "East Of The Sun", "You Stepped Out Of A Dream" y "Softly As In A Morning Sunrise".

Casi simbólico es el título del tema con el cual Getz abre esta serie de grabaciones: "I'm Alright, I'm Okay", palabras significativas que reflejan el ánimo con que enfrentaba su última sesión, el espíritu de luchador infatigable que fue siempre la marca de este gran tenor, un maestro que deja tras de sí un hueco imposible de llenar.

Stan Getz nos ha dicho finalmente adiós, con dolor y dignidad. Queda su inmensa obra a la cual supo poner un colofón que dentro de poco causará el asombro del mundo entero.